

La flecha del tiempo en psicoanálisis (hacia una psicología del siglo XXI)

Octavio Fernández Mouján

Introducción

Durante el siglo XX, ha cambiado el concepto de realidad. Hasta entonces, toda la cultura científica partía de la premisa del dato, fuera real o ideal. Era la cultura entendida como “corte” entre el sujeto humano, y la naturaleza como objeto de conocimiento. Sin embargo, actualmente, ya no se parte del dato un objeto de antemano que pertenece a un mundo organizado y regido por leyes. No quiere decir que no existan tales datos, sino que se ha revitalizado la experiencia vivida, dejando de lado lo que se piensa o percibe como fundamento necesario de todo conocimiento. Esto ha provocado una ruptura epistemológica: el conocimiento requiere de otro recorrido.

El cambio ha provenido, principalmente, de la física cuántica, pero también de la filosofía, que durante el siglo XX han modificado radicalmente la manera de entender la vida humana y su relación con el universo. Hasta que no se abrió el átomo (“ladrillo” fundamental para la construcción de la realidad objetiva) no se conocía la realidad subatómica, donde nada está dado, nada es objetivado y observado, y no hay certeza, pues todo se está transformando continuamente. Especialmente, en esa instancia hay una permanente transformación en un campo donde todo tiene que ver con todo. La idea central, vinculada a esta, es que hay un universo vital, con dinamismo inmanente. No estático, como creyó la física anteriormente: el desequilibrio estructural es compensado por un equilibrio de funciones donde todo participa manteniendo la unidad en la diferencia como una atmósfera integradora. Se trata de una suerte de desequilibrio participativo donde todo está en función del resto. Energía y materia, onda y partícula, el todo y la parte, no están separados como se creía; por el contrario, son diferentes pero sin perder unidad. La metáfora de *Alicia en el país de las maravillas* es válida para entender la apertura del átomo: al atravesar el espejo Alicia se encuentra sumergida en una realidad sin objetividad y participa del misterio.

La psicología, y especialmente el psicoanálisis, no han sido ajenos a esta ruptura epistemológica. Como ocurría en otros campos, en los orígenes de estas disciplinas, se partía de una realidad percibida y representada en el inconsciente (representación-cosa, representación especular), que tenía como alternativas la represión, o bien el pensar en un orden lógico-racional.

Pero si, como en *Alicia en el país de las maravillas*, rompemos el espejo, nada nos representa, nada se refleja como representación. Este cambio en la concepción del mundo modifica, por supuesto, la forma de conocer, pues se abre una nueva realidad que no está dada sino que está dándose con uno, sujeto “diluido” en un *nosotros* en el que participamos. Nada está separado; sólo hay un “surco” o “resistencia” que nos diferencia sin perder la unidad: es la cultura entendida ya no como un corte que nos separa, sino concebida como “cultivo”. Hablaremos entonces de una cultura viva y de un inconsciente no individual, ni colectivo, sino participativo, que aunque no percibimos sí podemos vivenciar.

En este contexto, se impone ir más allá de la metapsicología. Primero, una definición: partimos de la idea que la metapsicología es la metafísica del psicoanálisis. Así como se habla de filósofos post-metafísicos, hablaremos de psicología o, mejor dicho, de psicoanálisis post-metapsicológico cuando cuestionemos la representación sobrevalorada que nos hace olvidar el sentido del ser, y encuadrar todas las manifestaciones bajo la relación sujeto-objeto o Yo-otro. La metapsicología reduce el campo a las relaciones pulsionales con los objetos tanto externos como internos, o sea, al mundo de las representaciones. Aunque no queremos aquí la productividad de esa visión, llegados a este punto del desarrollo de la ciencia y el conocimiento en general, resulta difícil seguir considerando esta perspectiva como la única válida en psicología.

Del otro lado, hay una serie de planteos teóricos que permiten superar esa instancia que sólo puede concebir pares antagónicos (sujeto-objeto, yo-otro, naturaleza-cultura). Por ejemplo, Winnicott y Spitz fueron pioneros en señalar una experiencia en el origen del niño donde, al no haber objeto externo para el recién nacido, tampoco hay representación. En la Teoría de Crisis vital, que precisaremos en el primer capítulo, hay un acceso a la realidad que no se limita a la representación (psicoanálisis), sino a la vivencia participativa de un sentimiento de identidad solidario o grupal, el *ser con* que se da cuando suspendemos el Yo y nos quedamos sin objeto para percibir y representar, que se parece mucho al concepto de *madre-cultura* de Spitz y al *sentido de identidad* de Winnicott. Nada es percibido como “otro”, por eso se prefiere utilizar la palabra *ser* y no *sujeto* o *Yo*.

Como en Heidegger y toda la filosofía post-metafísica, ese *ser ahí* que son el bebé de Winnicott y el recién nacido hasta el tercer mes de Spitz debe entenderse no tanto en el sentido evolutivo o constructivo de la psicología, sino más bien

filosóficamente, como realidad permanentemente abierta al devenir del acontecimiento histórico. En Heidegger el *ser ahí*, “arrojado al mundo”, es un ser con posibilidades de devenir sin fundamento, más bien un *ser con* las cosas o entes. Todos los filósofos post-metafísicos no admiten una realidad dada como fundamento, más bien una realidad dándose.

De un modo similar, en la post-metapsicología no hay sustancia identificable como otro o como Yo. Quizá la diferencia con Spitz y Winnicott resida en que ellos lo limitan al origen del niño, mientras que yo tomo el origen del niño como metáfora: el punto fundamental es lo originario presente en toda crisis cuando esta es vital (no evolutiva ni estructural). En esos casos, suspendido el Yo, se duda de todo lo percibido, representado y pensado: se trata de una duda existencial que nos enfrenta a un campo naciente potencial. La crisis nos lleva a lo originario potencial, donde nada está dado, ni hay fundamento meta-psicológico. Por lo tanto somos partícipes, “arrojados” a una experiencia donde todo tiene que ver con todo. De ahí, entonces, una vinculación con la física cuántica: estamos adoptando la perspectiva de una post-metafísica tanto como la de una post-física mecánica. El *anhelar ser más con los demás* de toda crisis vital equivale, en física cuántica, a que la realidad no es sólo dada sino que sigue dándose. Todo es potencia. Se pierde fundamento y certeza pero se gana en creatividad, vitalidad y posibilidad. Se hace historia, no sólo se transcurre en ella.

En esta post-metapsicología rescatamos la energía vital transformadora más allá de lo pulsional, la imaginación creativa más allá de toda imaginación representación, del símbolo lingüístico. También la realidad dada objetiva es superada por una realidad viva dándose, la identificación por la participación, el descubrimiento por la creación, el suceso por el acontecimiento. Es decir: al quedarnos sin fundamento se nos abre un vacío potencial que vivenciamos captando su in-formación, antes que toda percepción o pensamiento. El ir más allá de la dimensión post-metapsicológica, entonces, permite desarrollar el psicoanálisis del encuentro que cura por la creación. Esa dimensión no se opone a la metapsicología, la enriquece y se enriquece de ella.

“No hay hechos sino interpretaciones” es la frase de Nietzsche, el gran filósofo post-metafísico, que puede pensarse como eje de esta práctica clínica: si debemos interpretar la inmediatez de la experiencia a través de un símbolo vivo que da cuenta de todo lo vivido. En esta post-metapsicología, entonces, la interpretación sanadora no se agota con desocultar lo reprimido y explicar lo no comprendido. Antes bien, se trata de

rescatar otra interpretación más creativa surgida de lo originario de toda crisis vital presente en el “encuentro” terapéutico.

Este libro está inspirado en una psicología y psicoanálisis post-metapsicológico. Busca exponer los fundamentos para entender una clínica que no se base en la representación de objetos, ni en la percepción de ellos, sino en interpretaciones de una realidad más viva que dada o establecida, aunque no descarte por completo esta última noción. Es un nuevo concepto de realidad dándose, tal como la conciben hoy la física cuántica, la cosmología moderna y la filosofía post-metafísica. Con el aporte de estas disciplinas, es hora de que la psicología entre en el siglo XXI.

Esta entrada se da cambiando la flecha del tiempo que conocíamos, según la cual el pasado influye en el presente (razonamiento totalmente válido) por la influencia del futuro en el presente, gracias a que ahora participamos de una realidad viva que excede lo dado, abierta al misterio del futuro.